

Sinfonía
inacabada
de ti y de mi



LUCY
ROBINSON

TITANIA

Lucy Robinson

Sinfonía inacabada de ti y de mí

Traducción de Victoria Horrillo Ledezma

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uru-
guay • Venezuela

Título original: *The Unfinished Symphony of You and Me*

Editor original: Penguin Books, Londres

Traducción: Victoria Horrillo Ledezma

Copyright de obras musicales citadas

Extracto de *Look Down* del musical *Les Misérables* por Alain Boublil y Claude-Michel Schönberg. Música: Claude-Michel Schönberg. Letra: Alain Boublil, Jean-Marc Natel y Herbert Kretzmer. Publicado por Alain Boublil Music Limited/Éditions Musicales Alain Boublil. Copyright: 1980, 1984, 1985, 1987, 1988, 1990, 1991, 1993, 1994 y 2012.

Extracto de *Empty Chairs at Empty Tables* del musical *Les Misérables* por Alain Boublil y Claude-Michel Schönberg. Música: Claude-Michel Schönberg. Letra: Herbert Kretzmer y Alain Boublil. Publicado por Alain Boublil Music Limited. Copyright: 1986, 1987, 1988, 1990, 1991, 1992, 1993 y 2012.

La traducción de las letras se reproduce con autorización

1.ª edición Febrero 2015

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Copyright © 2014 by Lucy Robinson

All Rights Reserved

Copyright © 2015 de la traducción by Victoria Horrillo Ledezma

© 2015 by Ediciones Urano, S.A.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

www.titania.org

atencion@titania.org

Depósito Legal: B 478-2015

ISBN EPUB: 978-84-9944-807-7

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Esto es para ti, abuelo.
Gracias por la música

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Obertura

La mujer que cantaba dentro del armario

Primer acto

Escena Primera

Segundo acto

Escena Primera

Escena Segunda

Escena Tercera

Escena Cuarta

Acto tercero

Escena Primera

Escena Segunda

Acto cuarto

Escena Primera

Escena Segunda

Escena Tercera

Escena Cuarta

Escena Quinta

Acto tercero

Escena Tercera

Escena Cuarta

Escena Quinta

Acto cuarto

Escena Sexta

Escena Séptima

Escena Octava

Escena Novena

Acto tercero

Escena Sexta

Escena Séptima

Escena Octava

Acto cuarto

Escena Décima

Escena Once

Escena Doce

Escena Trece

Acto tercero

Escena Novena

Escena Décima

Escena Once

Escena Doce

Escena Trece

Escena Catorce

Escena Quince

Acto cuarto

Escena Catorce

Escena Quince

Escena Dieciséis

Escena Diecisiete

Acto tercero

Escena Dieciséis

Acto cuarto

Escena Dieciocho

Acto tercero

Escena Diecisiete

Escena Dieciocho

Escena Diecinueve

Acto cuarto

Escena Diecinueve

Escena Veinte

Escena Veintiuno

Escena Veintidós

Escena Veintitrés

Escena Veinticuatro

Escena Veinticinco

Escena Veintiséis

Escena Veintisiete

Escena Veintiocho

Escena Veintinueve

Escena Treinta

Escena Treinta y una

Escena Treinta y dos

Quinto acto

Escena Primera

Escena Segunda

Escena Tercera

Escena Cuarta

Escena Quinta

Escena Sexta

Escena Séptima

Agradecimientos

Obertura

Al ver mi imagen reflejada en el espejo me quedé horrorizada. Parecía un duende arrugado y grisáceo.

—¡Aaaah!! —exclamé, impotente, a mi imagen reflejada.

Había pasado buena parte del día en el armario ropero con mi viejo osito de peluche. Se llamaba *Zanahoria*. Nos habíamos ocultado allí porque mañana mi vida iba a experimentar un cambio radical y estaba aterrorizada.

No solía ser víctima de un miedo intenso. En términos generales, en mi vida apenas se producían dramas y estaba decidida a que siguiera así. Pero las raras ocasiones en que me enfrentaba a un peligro que escapaba a mi control, me metía en mi ropero, cerraba la puerta y no salía hasta cerciorarme de que el peligro había desaparecido.

Allí no buscaba Narnia. De hecho, me habría enfurecido de haber aparecido un tipo jovial con el trasero peludo y pezuñas hendidas. Me metía allí por la soledad, el silencio y la seguridad que me ofrecía. Y por *Zanahoria*.

Por lo general, esas cuatro paredes de madera sólida me tranquilizaban. Me quedaba allí, asfixiada de calor y sintiéndome impotente, hasta que conseguía alcanzar cierto equilibrio. Una vez recuperada la calma y la cordura, volvía a salir, dispuesta a enfrentarme al mundo.

Eso no había ocurrido hoy. Había permanecido horas encerrada allí, sintiendo un temor abrasador que me quemaba la cara y la espalda, pero no había

recuperado el sosiego. Por fin no había tenido más remedio que salir, medio enloquecida, temblando.

«Ni siquiera mi armario puede ayudarme —pensé casi histérica, viendo mi desastrosa imagen en el espejo—. ¡Esto es una emergencia!»

Sí, era una emergencia. Mañana comenzaba un diploma de posgrado en ópera en el Royal College of Music, junto con diez de los cantantes jóvenes más talentosos del mundo. Aunque yo no era una artista en ningún sentido de la palabra. Y menos una cantante de ópera, con un armario lleno de trajes de raso y una familia dueña de una inmensa finca rural en Gloucestershire con mayordomos y caballos. Era una chica normal y corriente que vivía en un barrio de viviendas de protección oficial en los Midlands, la cual detestaba llamar la atención. ¿Me habéis oído? ¡No era una cantante de ópera!

Me quedé inmóvil mientras mis tripas se contraían y comprimían unas contra otras como una microcervecería montada por un aficionado.

—¡Aaaah! —murmuré de nuevo.

Era un sonido de impotencia, semejante a un maullido.

Dirigí la vista tímidamente hacia la cocina, preguntándome si el hecho de comer algo me ayudaría. Comer solía aliviarme. ¿Quizás un pequeño atracón?

Salí de mi habitación, caminando lenta y rígidamente, y me acerqué al frigorífico, arremangándome.

Pero tenía la suerte en contra. Cincuenta minutos más tarde, mientras servía en un plato mi porción de panceta asada, junto con un patético intento de emitir un alegre silbido, una inesperada visita, un hombre, se dirigía hacia la puerta de mi apartamento. Y

este hombre no tenía nada que ver con mañana y el canto, pues cambiaría mi vida hoy.

Los domingos por la noche era la Noche del Menú Oferta de Mark & Spencer, lo cual, en circunstancias normales, solía producirme un gran placer. Según Barry de Barry Island, era inevitable que a una pardilla como yo le chiflaran los chollos en materia de comida. La combinación de máxima cantidad de comida por el mínimo precio iba dirigida a «chicas como yo».

Barry nunca vacilaba a la hora de compartir sus opiniones sobre mis hábitos de comida. Ni sobre nada, en realidad, y el motivo por el que yo le permitía que me insultara con semejante impunidad era su acento galés. Era un acento que me gustaba tanto, me sentía tan fascinada por todo lo que él decía, que de alguna forma había perdido el instinto de defenderme.

«Sally, comes como una cerda», me decía como si tal cosa. «Ahora eres mona pero acabarás con una obesidad crónica, Pollito». Lo decía sonriendo con tristeza, tras lo cual volvía a centrarse en su carpa a la plancha o cualquier estupidez culinaria que tuviera en el plato. Yo volvía a mi lasaña a mitad de precio pero con todo su contenido en materia grasa, murmurando con tono afable que era un demonio galés que merecía ponerse como un ceporro cuando se retirara del ballet.

Como solía ocurrir la Noche del Menú Oferta, Barry se había negado a comerse su parte del festín, de modo que yo estaba sentada sola a la mesa rodeada de comida. Tenía un aspecto espléndido: panceta asada, patatas aromatizadas con romero y un postre con un nombre muy raro llamado Berrymisú.

Pero el hecho de mirarla no me ayudó. Me sentí peor que nunca.

Barry estaba en su habitación, probándose un suspensorio nuevo. Tenía problemas con los suspensorios que se ponía debajo de sus mallas de bailarín, por el mismo motivo que yo también tenía problemas con mis tangas. A ninguno de los dos nos gusta llevar una prenda sintética metida en nuestras partes íntimas.

—¿Barry? —dije inútilmente, volviéndome hacia la puerta de su habitación, a través de la cual se oía a Shakira cantando a pleno pulmón.

Supuse que si salía y se sentaba a hacerme compañía en la mesa, yo podría probar al menos un bocado de la comida.

Jamás había experimentado semejante temor. Incluso después de las cosas catastróficas que habían ocurrido en Nueva York el año pasado, había seguido siendo yo misma, Sally Howlett. Tranquila, bajita, con un trasero voluminoso. Responsable, comedida, culta. Ahora me había convertido en una trémula bola de gas altamente explosivo.

—¿Barry? —lo llamé de nuevo.

El apartamento temblaba un poco, lo cual significaba que estaba ejecutando unos espectaculares movimientos de baile amazónicos delante del espejo al ritmo de «Hips Don't Lie». Shakira lo volvía loco y a menudo le pillaba agitando una melena latina que no poseía.

—¡BARRYYYYYYYYY!

Barry no aparecía. Yo tenía que hacer algo, cuanto antes.

El iPad que mi amiga Bea (que estaba forrada) me había regalado impulsivamente el otoño pasado,

junto con un bolso de Fendi y un perfume de Robert Piguet muy difícil de encontrar, todo ello destinado a animarme después del fatídico viaje a Nueva York, estaba sobre la encimera. Lo tomé y empecé a escribir un e-mail, pulsando con mis inútiles dedos las teclas equivocadas. El anillo de strass que lucía en mi mano derecha, tan enorme como hortera, que aún no había tenido el valor de quitarme desde mi regreso de Nueva York, me impedía teclear con normalidad.

fOina, por favor vuelve a casa. Te necesito, carita graciosa. ¡Estoy ATERORIZADA AAAAHHH! Te echo de menos, Pecas. Por favor vuelve pronto. Odio que no estés aquí. En cualquier caso, lo de mañana es culpa tuya. ¡Tú y tu estúpido lema de «aprovecha el momento»! Te quiero, por favor vuelve pronto. xxxxxx-xxxx.

Le di a «enviar» y releí el e-mail, imaginando que mi prima Fiona lo estaba leyendo. Cuando no se comportaba como una maníaca, Fiona tenía una sonrisa maravillosa; el tipo de sonrisa descrita en las primeras páginas de una novela épica rusa del siglo diecinueve.

Yo la echaba mucho de menos. Nos habíamos criado más como hermanas que primas. Jugábamos a los caballos juntas, escribíamos cartas de amor a chicos, comparábamos nuestros primeros vellos púbicos. Cuando me trasladé de Stourbridge a Londres, Fiona fue mi compañera de piso durante siete años (en general) maravillosos. Pero después del drama del año pasado se había negado a abandonar

Nueva York y aún no había cambiado de parecer, por más que yo le había suplicado que volviera a casa. Barry, menos optimista sobre las probabilidades de que Fiona regresara, se había instalado en su habitación hacía unos nueve meses. Yo había cambiado a mi pálida, pecosa y conflictiva prima por el pálido, pecoso y grosero cretino de Barry Island. Aunque, pese a sus hirientes comentarios, lo quería con locura.

Por unos momentos, dejé que el dolor que me producía el recuerdo de Fiona aflorara en alguna parte de mi pecho, tras lo cual lo sofoqué, centrando de nuevo mi atención en la bandeja de entrada por si ella estaba en línea. Y respondía de inmediato.

Pero no lo hizo.

En ausencia de ella o de Barry, se me ocurrió llamar a Bea para que me consolara. Bea estaba en Glyndebourne, tras haber dejado por fin la Royal Opera House después de diez años a cargo del departamento de maquillaje y pelucas. Ahora colocaba barbas rizadas y narices protéticas a cantantes de ópera en una pintoresca finca rural en Sussex y al parecer tenía mucho trabajo: apenas habíamos hablado diez minutos desde que se había inaugurado la temporada en mayo, hacía cinco meses.

La llamé por si acaso. No respondió.

Incluso se me ocurrió la idea de llamar a casa, pero el mero hecho de pensar en mis padres hizo que me pusiera nerviosa e irritada. Mi madre y mi padre se habían mostrado sorprendidos y claramente disgustados al enterarse de que yo iba a emprender este camino; si detectaban alguna incertidumbre en mí tratarían de convencerme para que lo dejara. «¿De veras crees que perteneces a ese mundo?», me ha-

bía preguntado mamá. «¿Con ese tipo de gente tan estirada y esnob?»

Por supuesto que no.

Pero me fastidió que me lo preguntara.

Alguien llamó a la puerta del apartamento.

Eché un vistazo alrededor de mi cocina vacía, sorprendida. Alguien había logrado entrar en el edificio en el que yo vivía y llegar a la puerta de mi apartamento, lo cual en estos tiempos era toda una hazaña desde que un olvidado grupo de ocupas londinenses se había apropiado de un apartamento vacío en el quinto piso, y Mustafá, el guardia de seguridad, se había instalado aquí.

Me levanté de la mesa de un salto, olvidando que llevaba un pijama estampado con unos cerditos, y abrí la puerta mostrando mi sonrisa más radiante por si era Dios que había venido a echarme una mano.

El hombre que estaba en el umbral, con una extraña sonrisa pintada en el rostro, no se parecía a Dios. Pero tenía un aspecto familiar. Tanto es así, que me pregunté si era famoso. Era lo bastante atractivo para ser famoso. Increíblemente atractivo y con estilo; el tipo de hombre que poseía una casa inmensa en Santa Bárbara y posaba para reportajes fotográficos al atardecer en su playa privada.

«Uno de esos tíos impresionantes que te dejan sin aliento —pensé sumida en un momentáneo trance—, aunque no es realmente mi tipo».

Tenía el cabello largo y lustroso y llevaba una camisa increíblemente elegante, unos vaqueros impecables y unos zapatos de cordones con la puntera puntiaguda. De su piel, tostada y bien cuidada, emanaba una penetrante loción para después del afeitado.

do, y lucía un gigantesco Rolex. Sonreí a medias, desconcertada. ¿Qué hacía un hombre como él en la puerta de mi apartamento? ¿Y por qué tenía un aspecto tan familiar? ¿Le había probado alguna vez un traje de escena?

Al cabo de unos segundos, cuando el desconocido dijo «hola» con un acento medio de Devon y medio norteamericano, y yo pensé que había cometido un tremendo error al dejarse crecer el pelo y haber cambiado de perfume, caí en la cuenta de que no era una celebridad, ni un cantante de la Royal Opera House, sino alguien que yo conocía muy bien.

Alguien que no había querido volver a ver jamás. Que me había esforzado en borrar de mi memoria hasta el punto de que casi había dejado de existir.

La habitación empezó a tornarse blanca y cerré los ojos.

Cuando volví a abrirlos él seguía allí.

—Hola —repitió tímidamente. Me pareció que había transcurrido un siglo desde la última vez que había oído su voz. Ese acento. El acento más raro del mundo—. Supongo que estás sorprendida de verme.

Traté de responder pero no ocurrió nada. Bajé la vista y miré mi pijama con cerditos, pero ni siquiera me importó. El suelo empezó a moverse a kilómetros debajo mis pies.

—¿Sally? —dijo él, bajito—. ¿Te sientes bien?

Me observó con paciencia, nervioso. Durante unos extraños y tensos momentos yo le observé a él, sin dar crédito. Sólo su cara era la del hombre al que había conocido tiempo atrás. El resto era irreconocible. Elegante, con estilo, peripuesto. Un paisaje alienígena.